

MR. DE METTERNICH Y CARLO-MAGNO.

Los extremos se tocan. Despues de la pobre Lore-Lei víctima de su amor, están las siete vírgenes víctimas de sus rigores: estas siete vírgenes son otras tantas hermanas que se divertian en hacer morir á los bellos jóvenes enamorados. San Nicolás, sin duda el antiguo protector de los manebos, las convirtió en otras tantas rocas que salen del agua, y que nunca dejan de enseñar al paso á las jóvenes, para curarlas de la misma enfermedad, si por acaso eran atacadas de ella.

Dejamos á Oberwesel, su grande torre, y la Prusia Rhiniana, para entrar otra vez en el país de Nassau de donde acabábamos de salir. El castillo de Gutenfelds, demolido en 1807, y que domina á Caub, contiene un cuerpo de guardia conservado en memoria de Gustavo Adolfo,

quien estuvo en él para dar sus órdenes en una batalla que dió á los Españoles que querian impedirle pasar el Rhin. Casi frente á este cuerpo de guardia, y en medio del Rhin, se eleva una construccion maciza y de forma extraña, que de lejos parece un navío anclado, dispuesto para bajar por el rio. Es el Pfalz; al que se sube por una escalera estrecha, y donde las princesas palatinas iban á dormir. Un pozo excavado en la roca, y con el que no comunicaban las aguas del Rhin, ha ido á buscar su manantial á veinte piés bajo el suelo del rio.

Cien pasos mas arriba del Pfalz se encuentra Bacharah: tres cosas le recomiendan á la curiosidad del viajero, sus ruinas, su Wilde-Gefœhrt y su vino. Las ruinas son las iglesias de Werner. Su Wilde-Gefœhrt, el paso furioso, es una especie de remolino que forma el rio, poco peligroso en tiempo de calma, pero terrible en los dias borrascosos; su vino en fin, de que hacia tanto aprecio el emperador Wenceslao, que por cuatro odres de aquel vino concedió la libertad de Nuremberg. Por lo demás, por una roca que se encuentra entre la isla Bacharah y orilla derecha del rio, se puede saber de antemano cuál será la cualidad de aquel maravilloso liquido. Si del mes de julio al de setiembre saca la cabeza la roca fuera del rio, lo cual no sucede sino en los años de gran sequia, se

puede comprar la recolección sobre seguro; si por el contrario permanece la roca cubierta por el agua, los aficionados saben que tienen que esperar á otro año.

En cuanto á las ruinas de la iglesia, de las que no hemos dicho mas que una palabra, se conservan deterioradas como están, como un lugar de peregrinación muy frecuente: su reputación la han adquirido de los milagros que san Gualberto hizo, no solo durante su vida, sino despues de su muerte. Habiendo sido asesinado en Vesel, por judíos que querian hacerle renegar de su religion, y arrojado su cadáver en el Rhin, en lugar de bajar por el rio, subió la corriente hasta Bacharah, de modo, que al dia siguiente al de su asesinato, cuando sus asesinos le creían por lo menos en Coblentza, le encontraron frente á su iglesia, echado y como dormido en la ribera.

Por lo demás, á medida que se sube el Rhin, pasan las tradiciones de lo poético á lo material; es que gradualmente se aplanan las orillas y sus costados cubiertos de viñedos suceden á las montañas coronadas de antiguos castillos, de modo, que cuando se ha pasado el castillo de Senneck, destruido en 1282 por Rodolfo de Habsbourg, y reedificado por la familia de Waldeck, que extinguida antes que él, le ha dejado extinguirse á su vez; el castillo de Falkemburgo, destruido en la

misma época, y que como su vecino, reedificado á principios del siglo XIV por un conde palatino, fué abandonado en seguida al arzobispo de Maguncia, quedando en poder de los acreedores de este; por fin el castillo de Rheinheim, que mas feliz que los anteriores, daba su antigua celebridad á la tradición de Cunon de Falkenstein y su prometida, y su celebridad moderna á la protección que le concede el príncipe Federico de Prusia; tanto digo, que cuando se han pasado estos tres castillos, no tiene otra cosa mejor que hacer el poeta que dejar á su cicerone y tomar algun comisionista de buena casa de Colonia ó de Maguncia, é informarse de los mejores terrenos que le queda que encontrar. Y entonces, segun prefiere el vino tinto al blanco ó el blanco al tinto, elegirá entre el Ingelheim, plantado por Carlo-Magno, ó el Johannisberg explotado por Mr. de Metternich.

La primera de esas dos celebridades doblemente históricas que se encuentran en el camino, es el Johannisberg: es una altura avanzaba y saliente del Taurus, notable por su convexidad, y que de mesetas en mesetas desciende casi al nivel del rio. En esas mesetas es donde crecen las viñas que proveen el famoso Chateau Johannisberg, que goza de tan alta reputación, que por poco catadores que seamos nosotros, no podemos dispensarnos de consagrar algunas líneas á su historia.

El famoso Bischfsberg ó Johannisberg, segun se le quiera llamar monte del Obispo ó monte de San Juan, tenia en un principio en su cima un priorato fundado en 1109 por el arzobispo de Maguncia, Ricardo II. En 1150, es decir, veinte y dos años despues de su fundacion, el arzobispo hizo de él una abadía que floreció por espacio de cuatro siglos, y que al fin, en 1552 fué quemada por Alberto de Brandeburgo. Este incendio que habia destruído el convento, produjo su supresion en 1587; lo que quedaba del edificio fué demolido por los Suecos durante la guerra de treinta años.

Pero lo que constituía la fama del monte San Juan no era ni sus prioratos ni sus abadías: eran sus viñas. Así, en 1641, la primera montaña se entregó en prenda del tesorero del imperio, Huberto de Bleymann, por la suma de 30,000 florines, 66,000 francos próximamente, y como el reembolso de aquella suma no se verificó jamás, en 1716 se trasmitieron al príncipe Foulde los derechos de sus herederos. A contar desde este momento, la explotacion de aquel famoso viñedo comenzó á hacerse segun las reglas del arte; de este modo el producto de las sesenta y tres fanegas de tierra que forman su superficie asciende en manos de su nuevo propietario á quince ó diez y seis toneles, que algunas veces llegó á veinte y tres y veinte y cuatro. Como cada tonel contiene mil trescientas

botellas, y en los años buenos, como sucedió en 1779 y 1783, por ejemplo, se vende la botella hasta en doce florines, es decir, hasta veinte y cuatro francos, se comprende que la renta de esas sesenta y tres fanegas no deja de valer la pena. Así, cuando se suprimió la abadía de Foulde, que se verificó en 1803, el príncipe de Orange no se descuidó en hacer valer sus derechos sobre aquel precioso dominio: desgraciadamente, apenas tuvo tiempo de probar su producto, cuando Napoleon se le tomó como hizo despues con el reino de Holanda, y le dió al mariscal Kellermann, sin duda en memoria de su bonita carga de Marengo. El duque de Valmy lo conservó hasta 1816, en cuya época el emperador de Austria, que naturalmente no debia tener para con él los mismos motivos de reconocimiento que Napoleon, le despojó de él en provecho de Mr. de Metternich, quien le recibió á título de feudo, y á condicion de pagar el dinero. El célebre diplomático ensanchó los jardines, puso un piso mas al cuerpo del castillo, é hizo pintar sobre cristal en la capilla sus armas. ¿Ha querido indicar con eso la fragilidad de las cosas humanas?

Además de su gusto por la diplomacia y la agricultura, el príncipe de Metternich tiene tambien la pasion de los autógrafos. Sus relaciones por espacio de treinta años con todos los soberanos de Europa, algunos de los cuales le deben sus coronas, le pro-

porcionaron la ocasion de reunir con facilidad una coleccion bastante bonita de cartas reales é imperiales, y con mas razon, como se comprende, de todos aquellos pequeños príncipes, cuyos Estados han pasado y repasado ocho ó diez veces por sus manos. Además, como las odas de los poetas alemanes, y los sonetos de los improvisadores italianos no debieron faltarle, nada tenia que desear sobre este punto, cuando observó que en una época en que la prensa ha llegado á ser un poder, necesitaba por lo menos algunos autógrafos de periodistas. Mas como en Italia y Alemania, gracias á la censura, hay muchos periódicos, pero pocos periodistas, forzoso le fué recurrir á Francia. Mr. Jules Janin fué uno de los que recibieron con todas las formas de aristocrática cortesanía que le distinguen, la demanda del rival de Mr. Talleyrand.

Mr. Jules Janin tomó en el mismo instante la pluma, y le escribió muy ingeniosamente este lacónico autógrafo:

*« Recibi de Mr. el príncipe de Metternich veinte y cuatro botellas de Johannisberg de primera clase.  
» Paris, 15 de mayo de 1838. »*

Un mes despues, el periodista recibia de Mr. de Metternich las veinte y cuatro botellas de Johannisberg, cuyo recibo habia acusado de antemano

con una confianza que sin duda apreció el príncipe.

Mr. de Metternich ha conservado escrupulosamente el ingenioso autógrafo de Janin. En cuanto á este, dudo que haya conservado el vino de Mr. de Metternich.

El Ingelheim, que es el Johannisberg de la pequeña propiedad, á pesar de la inferioridad en que le tienen los inteligentes, puede gloriarse de tener un origen no menos aristocrático que su rival, porque si no es vendido por un príncipe, fué plantado por un emperador. Habiendo notado la excelencia del terreno, fué Carlo-Magno quien mandó trasportar allí las cepas del mejor vino de Orleans, y segun sus esperanzas, la vid ganó un ciento por ciento con la trasplantacion. Fué un gran dia para el emperador en el que obtuvo aquel triunfo, puesto que despues de Aix-la-Chapelle, su residencia preferida era Ingelheim, ó la Casa del Angel. Hé aquí el motivo de haber bautizado aquel castillo con ese poético y celestial nombre.

Por el año 868, resolvió Carlo-Magno hacerse edificar un palacio que dominase el Rhin, y en 874 este palacio estaba edificado. Era un magnífico edificio, medio fortaleza, medio castillo, que estaba sostenido por cincuenta columnas de mármol, y cincuenta de granito. Las columnas de mármol le fueron enviadas de Roma y Ravena por el papa

Estéban III, y las columnas de granito habian sido sacadas del Adenwald. De modo que viendo su nueva mansion imperial terminada tan felizmente, resolvió celebrar en ella una dieta. En consecuencia, fueron convocados para aquella gran solemnidad los príncipes y los señores de las inmediaciones.

La noche que precedió al día en que la dieta debia verificarse, y cuando el emperador acababa de dormirse, se le apareció un ángel y le dijo estas palabras: « *Carlos, levántate y roba.* » Carlo-Magno se levantó al punto y percibió un celestial perfume en su habitacion. Mas como las palabras que el ángel le habia dicho le parecieron nada mas que á medias con los preceptos de Dios y la Iglesia, se figuró que habia soñado, y se volvió á dormir.

Mas apenas el emperador habia cerrado los ojos, la misma vision se le apareció de nuevo, y con severo rostro como el de un mensajero que tiene derecho de admirarse de que no se obedezcan sus órdenes, repitió el ángel por segunda vez las palabras que ya habia dicho, y que el emperador creyó haber oido mal. Abrió al punto los ojos, y vió la habitacion llena de una luz celestial, que fué poco á poco debilitándose, y concluyó por extinguirse completamente.

Sin embargo, era tan extraña la órden, que Carlo-Magno vaciló aun en obedecer, y echando la

cabeza sobre la almohada, se durmió por tercera vez. Por tercera se le apareció el mismo ángel, pero con un rostro tan amenazador, repitiéndole la misma órden con voz tan imperiosa, que el emperador, que no se asustaba con facilidad, se estremeció de terror, y se despertó sobresaltado. Esta vez, no solo se habia esparcido el mismo perfume y brillaba la misma claridad, sino que el ángel estaba en pié junto á su lecho, y hasta que no estuvo seguro de que el emperador no podia dudar de la realidad de su presencia, no extendió sus alas de oro y desapareció. Carlo-Magno no dudó ya que la órden le venia del cielo, porque el mensajero era demasiado bello para ser un enviado del infierno.

Carlo-Magno ya no vaciló; se levantó al punto, se vistió á tientas, deplorando aquel precepto del cielo, que le mandaba empezar tan tarde un oficio tan infame. Pero, como Abraham, el emperador estaba decidido á sacrificar todo á Dios, aun su mismo honor. Por tanto, se vistió su armadura, ceñó su espada, y tomó su casco en la mano, como si fuera á mandar una de aquellas expediciones guerreras por las que sentia tantas simpatias como por esta repugnancia: por fin salió de su habitacion, y deteniéndose en una galeria que dominaba todo el país, hizo un alto para decidir hácia qué lado dirigiria aquel robo cuya ejecucion tanto le costaba.

Por lo demás, la noche era oscura y como conviene para semejante expedición; mas por inspiradora que fuese la oscuridad, el emperador era tan novicio en el nuevo arte que tenía que ejercitar, que por mas que se paseó en todas direcciones cerca de una hora, todavía no se le había ocurrido ni una idea mediana, cuando de repente vió que acababan de robarle su casco, que había dejado en la balaustrada de la galería. El emperador buscó por todas partes, miró dentro y fuera; mas fué inútil toda pesquisa: el casco había desaparecido.

Cuanto mas audaz era el robo, mas diestro era el robador; y siendo diestro el robador, podía en semejantes circunstancias dar un buen consejo al emperador. Por tanto, le pareció que aquel robo era un nuevo favor del cielo, que viendo su embarazo, había tenido piedad de él. Por tanto, levantando la voz:

— Que el que me ha robado mi casco, exclamó, se presente ante mí, y por mi pecho real, en lugar de ser castigado, recibirá una recompensa de cien ducados.

Al punto resonó una aguda carcajada en la galería, y por bajo del tapete que cubría una mesa, vió Carlo-Magno salir á su enano, quien se aproximó á él tendiéndole el casco á fin de que echase en él la suma prometida.

— ¡ Ah! eres tú, infame ladrón, dijo Carlo-

Magno; debiera haber sospechado que nadie mas que tú era capaz de jugarme tal chasco, y mandar que te diesen cien vergajazos, en vez de prometértelo tan imprudentemente como lo he hecho, cien ducados.

— Sí, amo mio, dijo el enano, eso hubiera sido mas económico, es verdad; pero un hombre honrado no tiene mas que una palabra. Hé aquí tu casco; ¿dónde están los cien ducados?

— Los tendrás al momento, cuando me hayas dado un buen consejo.

— Los cien ducados, dijo el enano, han sido prometidos por el casco, y no por el consejo; dame los cien ducados por el casco, y tendrás el consejo gratis.

Carlo-Magno alargó la mano para coger al bribón que le hablaba con tal atrevimiento; pero el enano vió el movimiento, y rápido como el pensamiento, saltó sobre la balaustrada, y con la destreza y agilidad de un mono, se puso á trepar á lo largo de una de las columnas, y no se detuvo hasta que estuvo montado en una de las hojas del capitel. Allí se puso á cantar una canción cuyo tono y palabras componía á la vez. Decía esta canción:

« Ya tengo un casco, un bonito casco, un casco terminado en una corona real: un casco que me cuesta cien ducados.

» Y voy á tratar de proporcionarme por el mismo precio una coraza y una espada, y entonces me haré armar caballero por algun emperador que no haya faltado nunca á su palabra.

» Despues, cuando esté armado caballero, que tendré una buena espada, de buena hoja, me iré por montes y valles haciendo justicia, porque en los países de Germania y Francia hay gran necesidad de hacer justicia.

« Mas ¡ay! ¿dónde encontraré para armarme caballero un emperador que no haya faltado nunca á su palabra? »

El ruido de un bolsillo que caia sobre el pavimento interrumpió la improvisacion del cantor; el enano comprendió que su moral habia producido su efecto: se bajó de la cornisa y fué á recoger la bolsa, con un ojo en ella y otro en el emperador.

— Vamos, ven aquí, bribon, dijo Carlo-Magno, y no temas. Te necesito.

— ¡Oh! entonces, dijo el enano, si me necesitas es otra cosa, ya no tengo miedo.

— Quiero robar, añadió Carlo-Magno.

— Mal oficio, replicó el enano, y sobre todo cuando hay que habérselas con gentes que prometen y no cumplen; así, si me crees, puesto que tienes la desgracia de haber nacido hombre honrado, permanece hombre honrado.

— Te digo que quiero robar, dijo Carlo-Magno con un tono que probaba que comenzaba á cansarse de las reflexiones filosóficas de su interlocutor.

— ¡Oh! entonces, dijo el enano, si es una vocacion decidida, no hay mas que decir. ¿Qué quieres robar?

— ¡Ah! hé ahí lo que no sé, dijo Carlo-Magno. Pero quiero robar á álguien, y eso inmediatamente, esta misma noche.

— ¡Diablo! contestó el enano; ¡pues bien! robemos.

— ¿Pero á quién robar? preguntó Carlo-Magno.

— Mira, dijo el enano extendiendo la mano, ¿ves aquella pobre cabaña?

— Sí, contestó el emperador.

— Pues bien, allí hay un bonito negocio que hacer. Por pobre que te parezca, encierra hoy cien florines: hace cerca de diez años, trabajaba el aldeano que la habita, todos los días, desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche, de modo que á fuerza de remover la tierra ha conseguido reunir esta cantidad. La puerta cierra mal, el pobre hombre tiene el sueño pesado, y ya ves que es fácil robarle.

— ¡Miserable! exclamó Carlo-Magno, ¡quieres que vaya á arrebatár á un desgraciado el fruto de

diez años de trabajo; un dinero empapado en el sudor de su rostro!

— ¡Yo! dijo el enano, no quiero nada; me pides un consejo y te le doy: hé aquí todo.

— Otro, otro, exclamó Carlo-Magno.

— ¿Ves aquella casa de campo? dijo el enano dirigiendo el dedo hácia otra parte.

— La veo, respondió el emperador.

— Es la de un rico comerciante; no serán florines lo que encuentres en casa de este, sino ducados, y no los encontrarás á centenares sino á millares.

— ¿Y sin duda, dijo Carlo-Magno, dedicándose á la usura y estafando en el peso es como ha hecho semejante fortuna?

— No, dijo el enano, no. Por el contrario, haciendo para sí como para los demás, tal exactitud en sus cuentas, que su probidad ha llegado á ser proverbial; y á este por casualidad le ha dado la probidad lo que á los demás la truhanería.

— ¡Cómo, tunante! dijo el emperador, ¿y es precisamente á un hombre que ha hecho su fortuna de una manera tan honrada, á quien quieres que arruine?

— Yo no quiero nada, dijo el enano; por el contrario, tú eres el que quiere robar. Yo te digo quiénes son los que tienen dinero, y nada mas.

— Sí, sin duda, quiero robar, contestó el empe-

rador, pero no al pobre labrador, no al industrioso comerciante; mejor quisiera robar á algun buen abate, obeso por la molicie, enriquecido por el diezmo, que no haya hecho jamás otra cosa que dormir, comer y beber. Hé aquí á quien quisiera yo robar, si quieres saberlo.

— ¡Diantre! para un principiante, dijo el enano, no está mal razonado; pero robando á tal persona, siempre seria á los pobres á quienes robarias, porque sabria muy bien hacer que al dia siguiente le entregase el pueblo el doble de lo que tú le hubieras cogido.

— Pues bien, entonces, añadió el emperador, quisiera robar á alguno de esos malos caballeros que no viven mas que del saqueo y los desafueros; que hacen traicion á aquellos á quienes deberian servir, y que oprimen á los que deberian defender.

— ¡Oh! entonces es otra cosa, ¡que no te explicaras antes! dijo el enano. Tengo lo que deseas. ¿Ves aquel castillo fortificado?

— Sí, contestó Carlo-Magno.

— Pues bien, es del señor Harderic, el bribon mas grande que la tierra ha abortado despues del rey Atila y el falso profeta Mahoma.

— Tanto mejor, dijo el emperador.

— Pero eso no será cosa fácil. Tiene el sueño ligero y la mano pesada. Habrá que ganar algunos golpes.



— Tanto mejor, tanto mejor, dijo el emperador.

— Pues bien, entonces vé á ponerte otra coraza, una coraza oscura como la noche, á favor de cuya oscuridad nos escurriremos. Vé á coger un puñal corto en vez de esa larga espada. La espada es una arma de día para alcanzar de lejos. Por la noche no se hiere mas que á lo que se toca. Se tienen los ojos en las manos, y no se necesita que la vista alcance mas lejos que la hoja. Anda y vuelve, te espero aquí, contando mis ducados á ver si la cuenta está bien.

El emperador no se lo hizo repetir dos veces; volvió á meterse en sus habitaciones, y salió al instante cubierto de una cota de malla de acero bruñido, que le ajustaba al cuerpo como un jubon, y le cubria la cabeza como una capucha. Además llevaba á la cintura un cuchillo ancho, corto y cortante como la espada romana. El enano le examinó de piés á cabeza, é hizo una señal de aprobacion.

— Vamos, dijo Carlo-Magno.

— En marcha, repitió el enano.

Y ambos salieron del palacio; y por el camino mas corto, es decir, atravesando tierras, se dirigieron hácia el castillo de Harderic.

En el camino, habiendo encontrado Carlo-Magno un término que servia para demarcar los

límites de un campo, le arrancó de la tierra y se lo echó al hombro.

— ¿Qué diablos haces? dijo el enano.

— ¿Crees que encontraré la puerta abierta? preguntó el emperador.

— No, respondió el enano.

— ¡Y bien, ya llevo con qué hundirla!

El enano prorumpió en una carcajada.

— Eso es, dijo, y al primer golpe que dieras, toda la guarnicion se pondria en pié, y entonces, ¿qué encontrarías que coger? alguna gallina asustada que se guareciese en el foso. Te creia mas sagaz, amo.

— ¿Pues cómo hemos de hacer? preguntó Carlo-Magno un poco confuso por su inexperiencia.

— Ese me corresponde á mí, dijo el enano.

Carlo-Magno dejó caer su marmolillo y continuó su camino sin decir una palabra.

En cuanto llegaron á la puerta, como lo habia calculado Carlo-Magno, la encontraron cerrada. Miró á su enano como para preguntarle qué habia que hacer; el enano le hizo seña que estuviese lo mas cerca que le fuese posible de la puerta; y lanzándose sobre una higuera que cruzaba el foso, y de la higuera encaramándose por la muralla, subió, metió sucesivamente sus manos y sus piés en los intervalos de las piedras hasta llegar á las almenas, y desapareció. Un instante despues oyó Carlo-

Magno rechinar una llave en la cerradura : la puerta se movió pesadamente, pero sin ruido, luego se entreabrió lo preciso para dejar pasar á un hombre. Carlo-Magno pasó; el enano entornó la puerta con las mismas precauciones que había tomado para abrirla, y los dos ladrones se encontraron en el patio del castillo.

— Hé ahí vuestro camino, dijo el enano señalando á Carlo-Magno la escalera que conducía á las habitaciones del castillo; hé ahí el mio, continuó enseñando la caballeriza.

— ¿Porqué no vienes conmigo? preguntó Carlo-Magno.

— Porque yo tengo tambien que dar mi golpe, dijo el enano.

Y poniéndose á correr gateando como un perro, á fin de no ser reconocido como criatura humana en el caso de que fuese visto, atravesó el patio, y entró en la caballeriza.

Esta confianza del enano picó el amor propio de Carlo-Magno : subió la escalera lo mas calladamente que pudo, entró en las habitaciones, y alumbrado por un rayo de luna que precisamente se descubrió en el cielo en aquel momento, llegó á la habitacion que precedia á la alcoba en que dormian Harderic y su mujer. En cuanto llegó allí, extendió la mano por si encontraba algo que coger, y su mano tocó un cofre redondo que le pareció debía contener

dinero ó alhajas. En aquel momento el caballo del castellano relinchó tan violentamente, que Carlo-Magno se estremeció.

— ¡Hola! dijo Harderic despertándose sobresaltado, ¿qué pasa en mi caballeriza?

— Nada, respondió la voz de su mujer, es tu caballo que relincha.

— Mi caballo no tiene costumbre de relinchar así, dijo Harderic, es preciso que alguno á quien no conoce intente desatarle.

— ¿Y quién quieres que intente desatar tu caballo?

— ¿Quién, pardiez? un ladron.

Y dichas estas palabras, Carlo-Magno oyó á Harderic bajarse de la cama y coger su espada. Entonces se hizo atrás, y gracias al rayo de la luna le vió pasar. Carlo-Magno permaneció en su rincon, maldiciendo al enano, y teniendo para todo evento la mano en la empuñadura de su espada.

A los pocos momentos volvió á entrar el castellano.

— ¡Y bien! le dijo su mujer, ¿quién habia en la caballeriza?

— No habia nadie, respondió Harderic, pero hace tres ó cuatro noches que no puedo dormir.

— Y no puedes dormir porque sin duda meditas algo.

— Es verdad, dijo el castellano.

— ¿Y qué meditas?

— Ahora ya puedo decírtelo, respondió Harderic, porque el momento en que debe llevarse á efecto nuestro proyecto, casi ha llegado; mañana, yo y otros once condes, barones y señores, debemos matar al rey Carlos, que nos impide ser dueños de nuestras casas, lo cual estamos cansados de soportar, y ya no queremos sufrir mas.

— ¡Ah, ah! dijo en voz muy baja Carlo-Magno.

— ¡Oh, Dios mio, Dios mio! dijo la castellana asustada, y si fracasa vuestro proyecto, sois perdidos.

— ¡Imposible! contestó el castellano, estamos unidos por los mas terribles juramentos; mañana convocados á la dieta con todos los demás, entramos en palacio sin excitar ninguna sospecha; iremos bien armados, y él no lo estará, rodeamos su trono, le herimos, y cae.

— ¿Y quiénes son los conjurados?

— Eso es lo que no puedo decir, ni aun á ti misma; pero su compromiso firmado con su sangre está aquí en la habitacion inmediata, encerrado en la cajita que se encuentra sobre la mesa.

Carlo-Magno alargó la mano, la cajita estaba efectivamente allí donde habia dicho Harderic.

— ¡Ay! dijo la castellana, ¡Dios quiera que esto acabe bien!

— *Amen*, dijo el castellano.

Y se puso á dormir: por algun tiempo aun se oyeron los suspiros de la castellana, mas no tardó en mezclarse su suave é igual respiracion á los ronquidos de su marido: ambos habian vuelto á continuar su interrumpido sueño.

Entonces Carlo-Magno cogió la cajita, la puso bajó su brazo, atravesó las habitaciones, bajó la escalera, y llegó al patio. Allí vió á su enano que sujetaba el caballo de guerra del castellano, al que habia montado, y que relinchaba y piafaba, como si juzgase indigno de él obedecer á tan miserable escudero. Mas entonces el buen emperador saltó encima, y apenas el caballo sintió el peso de un hombre, y comprendió que se las habia con un diestro caballero, se volvió dócil como un cordero. Carlo-Magno cogió al enano por el cuello de su justillo, le puso á la grupa, y partió á todo galope.

Luego que llegó al castillo, abrió Carlo-Magno la cajita que habia robado, y encontró en ella los compromisos de los doce conjurados firmados con su sangre. Hizo entonces despertar á sus gentes y mandó que se levantasen en uno de los patios del palacio once cadalsos de ordinaria altura, y otro mas elevado que los demás, y en lo alto de cada uno de los once patibulos, hizo clavar en carteles los nombres de los once conjurados, y en el mas elevado el nombre de su jefe Harderic.

Despues, como habia dos entradas en palacio,

mandó recibir á los demás barones convocados por otra puerta y otro patio, y no recibir mas que á los conjurados por la puerta y en el patio de los cadalsos.

Y se hizo como Carlo-Magno lo habia mandado, y cuando vió á todos los barones reunidos, les enseñó el complot tramado contra él, les enseñó el compromiso firmado con la sangre de los doce conjurados, y les preguntó qué pena habian merecido: y todos los barones á una voz, dijeron que habian merecido la muerte.

Entonces Carlo-Magno mandó abrir los balcones que daban al segundo patio, y los barones vieron á los doce conjurados ahorcados en las doce horcas.

Y en memoria de la celeste aparicion á la que debia la vida, llamó al palacio donde la habia tenido *Ingelheim* ó la *Casa del Angel*.

Apenas se ha pasado *Ingelheim*, desaparecen las montañas, el valle se extiende hasta casi perderse de vista, y el Rhin se extiende como un inmenso lago. Se ha dejado atrás la parte mas pintoresca, y se tiene á la izquierda el castillo de *Biberick*, y enfrente, como el fondo del horizonte, la ciudad de *Maguncia*, que parece cortar el rio.

*Biberick* es la residencia del duque de *Nassau*. La mañana misma del dia en que pasamos por delante del castillo ducal, S. A. habia llegado de

vuelta de presidir sus Estados, que no habian durado mas que una hora, puesto que el soberano los habia abierto y cerrado con el mismo discurso. Hé aquí el que dirigió á sus cámaras:

« Señores,

» En el ducado de *Nassau* contamos próximamente ciento cincuenta mil almas.

» Desde los Romanos hasta nuestros dias, se han hecho próximamente, por mis predecesores, y por los predecesores de mis predecesores, ciento cincuenta mil leyes; sale á ley por cabeza, lo cual me parece bastante. Os daré, pues, el consejo de ateneros á nuestras antiguas leyes, y no hacer otras nuevas.

» En cuanto á mi lista civil del año actual, como me queda aun próximamente la mitad de la cantidad que me votásteis el año pasado, es inútil que nos ocupemos de ella hasta el año próximo.

» Y con esto, señores, ruego á Dios os conserve en su santa y digna guarda. »

Y pronunciadas estas palabras, los Estados habian sido cerrados.

Así es como se practica el gobierno parlamentario en Alemania.

Diez minutos despues de haber pasado *Biberick*, abordamos al muelle de *Maguncia*.

Nuestro primer cuidado al llegar á Maguncia, fué ver la plaza de la Parada, donde se acababa de erigir la estatua de Guttemberg, fundida en París por un modelo de Thorwaldsen. Lo siento por el inventor de la imprenta, pero merecía algo mejor que aquello, y no ha ganado gran cosa en pasar del granito al bronce.

Pero tengo que reprenderme el haber contribuido por mi parte á aquella pícara obra. Agotados todos los medios de estímulo que ejercen comunmente su accion sobre los suscritores, acaso por haber tenido la imprudencia de publicar el producto de la suscripcion, quedaba un déficit de 8,000 francos; concibióse entonces la idea de dar una representacion de beneficio para cubrir aquella cantidad, y se eligió un drama francés que acababa de ser traducido al aleman. Este drama era *Kean*.

El producto excedió en mas de 2,000 francos al déficit que debía llenar, lo cual debe atribuirse ciertamente al patriotismo de los Maguncieses.

Dí tres veces la vuelta al rededor de la estatua para afirmarme en mi opinion, y volví á la fonda perfectamente enterado.

Dos horas despues rodaba nuestro carruaje por el camino de Francfort.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FRANCFORT, Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

Una ventaja inapreciable de las carreteras generales alemanas, es que se duerme en ellas mejor que en las posadas. Al salir de Maguncia me aproveché del excelente estado de los caminos para vengarme del mal estado de las camas. Desde Roma no habia dormido.

No sé á qué hora llegamos á Francfort. Fuí despertado con sobresalto por un austriaco que me sacudió el brazo para que le diera mis documentos. Desde que á uno le sucedió una aventura, los Austriacos son feroces en materia de pasaportes.

La ciudad libre de Francfort, que en su cualidad de ciudad libre es custodiada por un regimiento prusiano y otro austriaco, habia manifestado por el órgano de sus dos burgomaestres, el deseo de prender á un famoso ladron, quien en la feria de